

TIERRA DE

CRÓNICA DE LA DESMEMORIA:
UN ESCRITOR LLAMADO
JOSÉ LUIS ACQUARONI

José Jurado Morales
Universidad de Cádiz

Qué curiosa es la historia del arte en general y de la literatura en particular. Lo que en su día pudo ser un éxito clamoroso, con el tiempo puede quedar relegado al olvido, y viceversa: lo que pasó desapercibido alguna vez puede llegar con el tiempo a erigirse en bandera de un momento literario determinado. Siendo así el asunto, a quién puede extrañar que, incluso para los que tienen un buen conocimiento de esa historia literaria reciente, los apellidos Acquaroni Bonmatí no sean más que rarezas onomásticas de clara ascendencia italiana. En efecto, muchos no saben quién es José Luis Acquaroni Bonmatí y otros muchos, aun sabiéndolo, no han tenido la oportunidad de leer alguna de sus obras. Tal situación resulta paradójica cuando se advierte que este gaditano fue uno de los promotores de la literatura de su provincia en los años cincuenta, que se alzó con galardones para cuentos tan destacados como el *Ínsula* o el *Hucha de Oro*, que vio algunas de sus obras traducidas al inglés, francés y alemán, que fue una de las firmas que retrató la posguerra española desde las páginas de los periódicos, que dedicó una de sus novelas a su entrañable amigo Miguel Delibes o que llegó a ser el primer Premio Nacional de Literatura de la democracia.

Ante la desmemoria en que ha ido quedando sumido Acquaroni y, en consecuencia, la postergación y el desconocimiento de que adolece su obra, cabe preguntarse qué pájaro de mal agüero voló sobre su trayectoria literaria. Tengo para mí que la mala fortuna procede de la confluencia de varias circunstancias. En primer lugar, está el hecho de que su producción literaria total en forma de libro es relativamente breve: una novela corta, un libro de cuentos, dos ensayos y tres novelas¹. Evidentemente, no es poco, pero muchísimo más es lo queda desperdigado por revistas, periódicos y volúmenes colectivos de la época. Su vocación periodística y la perentoria necesidad de un sueldo para vivir hacen que Acquaroni destine sus esfuerzos a escribir para *La Voz del Sur*, *Selecciones del Reader's Digest*, *ABC* y otros medios. Como



era de esperar, el carácter disperso, variado y efímero de estos escritos ha ayudado en poco a la notoriedad póstuma del autor. Por otro lado, tanto tiempo dedicado a esas tareas le impide atender a proyectos que exigen un periodo de dedicación más extenso, caso de una novela o un ensayo. De tal peculiaridad en la forma de trabajar era consciente él mismo, quien reveló públicamente en 1977 que encarnaba a «un escritor de fines de semana y de horas de asueto»².

En segundo lugar, podría decirse que en términos generales Acquaroni no tuvo excesiva suerte en su relación con las editoriales. Ni la editorial Prometeo de Valencia, que dio a conocer *El turbión* en 1967, ni la madrileña Cupsa, que llevó a la luz en 1977 *Copa de sombra*, ni Luis de Caralt Editor, que desde Barcelona intentó un nuevo lanzamiento de esta última novela en 1983, fueron casas sólidas y ricas. Ninguna de ellas pudieron soportar los costes de segundas ediciones, integrar con regularidad a los considerados grandes escritores del país y, lo más grave, difícilmente pudieron sostenerse con el paso de los años, o desaparecieron o fueron absorbidas por otras de mayor calado. En los casos en que la editorial de acogida fue poderosa, los problemas vendrían de otra parte. Noguera, que publicó los ensayos *La corrida de toros y Andalucía, más que nacionalidad*, poco pudo hacer para mantener en el mercado unos títulos nacidos como fruto del encargo y que estaban ligados a unos momentos históricos determinados: la efervescencia de la fiesta nacional en los años de la posguerra y la oportunidad del discurso autonómico en plena transición democrática, respectivamente. Sin defensor se quedó *A la hora del crepúsculo*, la novela aceptada de buen grado por Plaza & Janés, pues apareció de forma póstuma en mayo de 1983, cuando Acquaroni ya llevaba muerto tres meses.

En tercer lugar, hay que incidir en el pensamiento conservador y en la cosmovisión tradicional del autor. Desde 1975 la labor desempeñada por investigadores y escritores ha ayudado a exhumar la obra de autores de posguerra que había quedado descuidada. No hay duda de que tal labor se ha centrado por lo común en el estudio de autores marginados por el franquismo. Así se escribe la historia, ya lo he mencionado: lo que es y existe ahora quizá no sea y exista nunca, y al revés: lo que no es ni existe quizá alguien lo invente y consolide como realidad en un futuro. Pues bien, si los escritores liberales, más o menos de izquierda (Federico García Lorca, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Emilio Prados, Miguel Hernández, etc.), quedaron apartados de la oficialidad durante los años de la dictadura, llegada la democracia, los escritores afines al pensamiento conservador del franquismo son los que han quedado desplazados (Dionisio Ridruejo, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Ignacio Agustí, Rafael García Serrano, Manuel Halcón, José María Pemán, etc.). Parece política y socialmente incorrecta la defensa de unos escritores que vivieron sus horas felices bajo la sombra o el resplandor, según se mire, del dictador. En mi opinión, esto es lo que le ha ocurrido a José Luis Acquaroni: la democracia ha castigado su afiliación a Falange, su voluntariado militar durante la guerra en el bando nacional, sus premios en los juegos florales de la posguerra, sus becas del Ministerio de Educación Nacional y de la Secretaría General del Movimiento, sus años de colaboración en *ABC* y su amistad con gente de la vieja guardia, entre ésta la de José María Pemán.

Sea como sea, el caso es que desde su muerte en 1983 no se ha vuelto a reeditar nada de su obra, salvo algunos intentos nacidos en los últimos meses y que tal vez den en un futuro próximo algún resultado. Su memoria apenas persiste en un concurso de relatos breves convocado por la Biblioteca Municipal de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) y en algún homenaje puntual realizado desde esta institución. Un rastreo más o menos exhaustivo por las bibliotecas andaluzas me llevó hace unos años a levantar la voz de alarma. Cómo era posible que este Premio Nacional de Literatura no estuviera presente con cualquiera de sus obras en las estanterías de las bibliotecas públicas de Málaga, Córdoba, Almería o Jaén, en las bibliotecas universitarias de Cádiz, Huelva, Jaén o Córdoba. Y fuera de Andalucía, cómo era posible que ni la biblioteca pública de Madrid, ni la universitaria de la misma Salamanca ni la del Ministerio de Educación y Cultura conserven ejemplares de su obra. En fin, no es cuestión de alargar una queja que, en todo caso, no atañe con exclusividad a José Luis Acquaroni. Por todo lo dicho y por otras consideraciones silenciadas en este momento, quizá sea el momento de que esta Tierra de alguien corresponda por unos instantes a Acquaroni.

Tierra para cimentar una biografía

Hijo de madre portorraleña y padre sanluqueño, José Luis Acquaroni Bonmatí nace en setiembre de 1919 en Madrid. Los avatares hicieron que su padre, médico de la Armada, estuviera destinado por un breve plazo de tiempo en el Ministerio de la Marina. En la capital nace, pues, al igual que sus dos hermanos mayores, Maruja y Concepción, pero pronto, a los dos años de edad, se trasladan todos a Sanlúcar, donde nacerán el resto de los hermanos, hasta un total de nueve. Aquí ha de criarse José Luis y aquí ha de atarse por raíces y sentimientos el resto de su vida³. Comienza una primera educación escolar en Los Escolapios, seguida del bachillerato y continuada con estudios en el colegio de Huérfanos de la Marina y en la facultad de Filosofía y Letras. Estos estudios dejan entrever las vocaciones originarias del escritor. Su primera intención es la de seguir los pasos marinos de su padre, muerto en 1932,



como ratifica su voluntario alistamiento del lado del bando nacional en el crucero «Canarias» durante la guerra civil. No obstante, una enfermedad nacida de los trastornos mentales y de conciencia procurados por la guerra le apacigua el espíritu bélico y le brinda las horas necesarias de tranquilidad para la lectura. Es la plataforma para continuar su otra vocación, la literaria, también heredada de su padre y que, convertida en profesión, ya nunca habría de abandonar.

Comienza a leer y a escribir, a ir forjando un estilo propio. La primera salida que encuentra para esos escritos se halla en la prensa del momento. Durante la década del cuarenta y desde Sanlúcar, envía sus impresiones preferentemente al diario *Ayer*, de Jerez, donde trabaja como corresponsal entre 1942 y 1950, y a *La Voz del Sur*, de Cádiz, del que llega a ser director en 1951. En los cincuenta junto al quehacer periodístico se dedica de pleno al cuento literario. Con una exquisita concepción del género, Acquaroni va dando a conocer en las publicaciones periódicas más notorias del país unos cuentos que obtienen el elogio de críticos y escritores y que le valen los galardones de algunas de las más prestigiosas convocatorias de los cincuenta y sesenta. Gracias a estos cuentos procede su incorporación a una de las tentativas culturales de la provincia más aplaudidas en la actualidad. Me refiero a su ingreso en la esfera de los escritores que a principios de los cincuenta promueven el nacimiento del grupo Platero y de la revista del mismo nombre, entre otros: Fernando Quiñones, Felipe Sordo Lamadrid, Francisco Pleguezuelo y Serafín Pro Hesles, como grupo fundacional y promotores de la etapa de *El Parnaso*, y José Manuel Caballero Bonald, Julio Mariscal Montes, Carlos Edmundo de Ory, José Luis Tejada, Pilar Paz Pasamar, Antonio y Carlos Murciano, Pedro Ardoy, Ramón Solís o Aquilino Duque, algunos ya presentes en *El Parnaso* y otros incorporados en los números de Platero. A ellos llega el joven

Acquaroni con un cuento titulado Soy de la Luci y de..., que se alzaría con el premio para cuentos convocado por dicha revista. Es el ingreso simbólico del escritor en las letras gaditanas del medio siglo⁴. Desde entonces, su nombre estaría ligado a Platero y al cuento literario:

Pienso que el único premio que pudo influir y condicionar mi quehacer de escritor fue aquél para cuentos que convocó, creo que por el año mil novecientos cincuenta y dos [sic], la revista *Platero*, de Cádiz, premio que instituyó y dotó con mil pesetas Camilo José Cela. Por cierto que de aquellas mil pesetas sólo cobré setecientas. Ignoro si las trescientas de la merma se las llevó el impuesto sobre el rendimiento del trabajo personal, en una época en que bien poco rendíamos si no era para los dueños de los cafés de la bohemia, o si fue sólo un gesto de Camilo, tan amigo siempre de redondear faroles. Lo cierto es que aquel premio condicionó mi dedicación, durante muchos años, al género cuento⁵.

En lo personal, el segundo lustro de los cincuenta le traería dos novedades considerables. En julio de 1955 se casa en Madrid con Cristina Aguilera González. Sólo un año después, en el verano de 1956, el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid le encarga que diserte sobre aspectos de la literatura española, especialmente sobre la última poesía y sobre el Quijote, en países como Puerto Rico, Venezuela, Colombia y Santo Domingo. La estancia resulta grata para Acquaroni y su esposa, y aquél aprovecha la invitación ofrecida por Pedro Garces para colaborar en la organización del I Festival del Libro de América celebrado en Venezuela en 1956. Terminado el festival, comienza a dirigir la Imprenta Universitaria, adscrita a la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela, y el Departamento de Adquisiciones de la Biblioteca de esta universidad. De modo que la primitiva estancia transitoria se convierte en un periodo de cuatro años, 1956-1960, en los que los modos de vivir y pensar hispanoamericanos habrían de dejarle vestigios indelebles. De Venezuela vuelve, pues, con gratas experiencias, con fundamentos para ficciones futuras, con *La corrida de toros*, aparecida en 1957, y con dos hijos, José Luis y Rosa Cristina, a los que, ya rozando los setenta, habría que unirle otro más, Natalia.

A su vuelta a España encuentra la estabilidad laboral que le había faltado antes y que, en buena medida, había influido en su permanencia en tierras americanas. Entra a formar parte de la redacción de *Selecciones del Reader's Digest*, donde trabajaría hasta 1982, y comienza a colaborar con regularidad en *ABC*. Con un sueldo asegurado, Acquaroni ya puede planear proyectos literarios más ambiciosos. En 1965, año que consigue una Pensión de Literatura de la Fundación Juan March, publica *Nuevas de este lugar*, una colección de cuentos que dan buena cuenta de lo que hasta la fecha había sido su principal campo de interés. Muy poco después, en 1967, llega a las librerías *El turbión*, una obra que conquistaría notables premios y con la que Acquaroni quedaba en paz consigo mismo: por fin daba a conocer una novela y lo hacía recreando experiencias vividas en los años de su estancia venezolana. La década concluye con otra gran noticia para el autor. Su persistencia en las lindes del cuento y su defensa del género han de verse recompensadas con uno de los premios más célebres y mejor remunerados. El armario obtiene el 19 de enero de 1968 la «Hucha de Oro» del II Concurso de Cuentos «Caja de Ahorros», convocado por la Confederación Española de Cajas de Ahorros.

Al albor de la década del setenta y cuando apenas ha superado los cincuenta años, es el momento vital y literario justo para que José Luis Acquaroni afronte en la ficción lo que había sido en la realidad primero una enfermedad y luego una obsesión: los efectos que una guerra deja en los seres humanos. Más allá de las muertes físicas y

de la ruina material de un país determinado, al escritor le obsesiona las secuelas mentales y espirituales que provoca la participación activa, tangencial o pasiva, en un conflicto bélico. Era, pues, el momento de arrojar de su interior aquel ánimo belicoso de juventud, aquellos recuerdos vividos en el crucero «Canarias» al servicio del bando nacional, aquella antigua pertenencia a Falange. Como agua purificadora de su conciencia podrían entenderse *Copa de sombra*, aparecida en 1977 y galardonada con el «III Premio José María Pemán» de novela y con el Premio Nacional de Literatura, y *A la hora del crepúsculo*, aparecida de modo póstumo en 1983.

En los últimos años de su vida, particularmente a partir de *Copa de sombra*, Acquaroni se siente enfermo. Aunque no deja de escribir, poco a poco restringe su trabajo. Todavía en 1980 publica *Andalucía, más que nacionalidad*, su visión sobre la tierra amada en plena exaltación de las autonomías. De nuevo y a pesar del cansancio y la fatiga producidas por los años y la enfermedad, el autor se muestra dispuesto a enfrentarse a las realidades que le preocupan. Sin embargo, poco a poco remite en su actividad, dejando la redacción de Selecciones en 1982, para, como tantos otros, esperar en silencio y en penumbra una muerte que habría de llegarle el 15 de febrero de 1983.

De Ayer a ABC, o los pasos de un cronista de la posguerra

No creo desmedido afirmar que el periodismo es una actividad decisiva para entender la vida y la obra de José Luis Acquaroni. De una parte y gracias a las remuneraciones recibidas por las colaboraciones, el periodismo se convierte a lo largo de su vida privada en una forma de subsistencia. En él encuentra los ingresos necesarios para vivir que no halla durante años en un trabajo estable y que lo tienen subordinado a los concursos. De otra parte, la práctica regular del periodismo le sirve de herramienta idónea para ir estilizando su escritura. La agilidad mental, la riqueza de vocabulario, la búsqueda de asuntos atractivos, la capacidad de síntesis, la pretensión de la palabra exacta, etc., que genera el ejercicio del artículo periodístico, repercuten de modo eficaz en su estilo narrativo. Por último, su presencia habitual en los medios periodísticos y los galardones recibidos por publicaciones en éstos coadyuvan a la popularidad de su nombre y a la reputación de su trayectoria literaria.

Mencionado esto y dejando a un lado tentativas juveniles, los inicios literarios de Acquaroni se remontan a principios de los años cuarenta en las páginas de la prensa gaditana. Con los seudónimos de Farfarello y de José Luis Oñana se constata un gran número de artículos escritos fundamentalmente entre 1942 y 1950 como corresponsal en Sanlúcar del diario jerezano *Ayer*. Aunque los objetivos van ganando en diversidad con los años, lo cierto es que muchas de estas colaboraciones suelen ser la crónica de acontecimientos acaecidos en la vida sanluqueña, con referencias a actos sociales, a fiestas, a personajes públicos, a actividades deportivas... Esta labor continúa en los medios de la capital gaditana, en Bahía y especialmente en *La Voz del Sur*. Podría decirse que en este último periódico la condición de corresponsal da paso a la de articulista. Las formas se amplían (poemas, entrevistas, reseñas, crónicas y artículos) y los motivos tratados ganan en diversidad y generalidad (asuntos nacionales y extranjeros, profundos y banales, celestiales y terrenales, pasados y actuales).

En los cincuenta y ya con una soltura periodística notable, Acquaroni comienza a enviar colaboraciones, en ciertos casos cuentos, a revistas y periódicos muy destacados en el medio siglo. Así, es factible encontrar textos suyos en *Arriba, El Español, El Ruedo, Mundo Hispánico, Ateneo, Ínsula, Cuadernos Hispanoamericanos,*



Correo Literario, Platero, Ática, Selecciones del Reader's Digest, ABC, etc.. También en la etapa venezolana participa en las páginas de *El Nacional, El Universal, La Esfera, Últimas noticias, Élite, Revista Shell, Cultura Universitaria, Diario de la Marina de La Habana* o *Hablemos de Nueva York*. Tanta labor periodística se vio refrendada con el reconocimiento de algunos premios. Con «Jerez, dulce peligro», artículo emitido el 19 de agosto de 1953 por Radio Nacional de España en Madrid, se alza con el tercer premio del «Concurso de los V Juegos Florales de la Vendimia Jerezana», concedido el 9 de setiembre de ese mismo año. Con «Un sol más barato», publicado el 8 de diciembre de 1964 en *ABC*, obtiene el premio «Costa del Sol» de 1965 para artículos nacionales. Finalmente, con «La Espera», publicado también en *ABC*, consigue el 27 de agosto de 1966 el «Concurso literario de la XIX Fiesta de la Vendimia y del vino de Jerez» en la sección de prensa nacional.

De entre tanta colaboración dispersa sobresale la publicada en *ABC*. Aunque algunos artículos y crónicas remitan a los años cuarenta y cincuenta (de diciembre de 1948 es «La luna útil»), la regularidad de publicación, la mayor agudeza y la multiplicidad de asuntos corresponden a los años sesenta y setenta: desde aspectos literarios («Los retratos de Walt Whitman», «Una magdalena para Proust, una sopa para Baudelaire...», «Baroja, estar y no estar») hasta pictóricos («La fuente de Zurbarán en la sed de Llerena»); desde apreciaciones sobre etnografía hispanoamericana («Cuando América empieza a perder la memoria», «El niño Jesús de pie, de los venezolanos») hasta

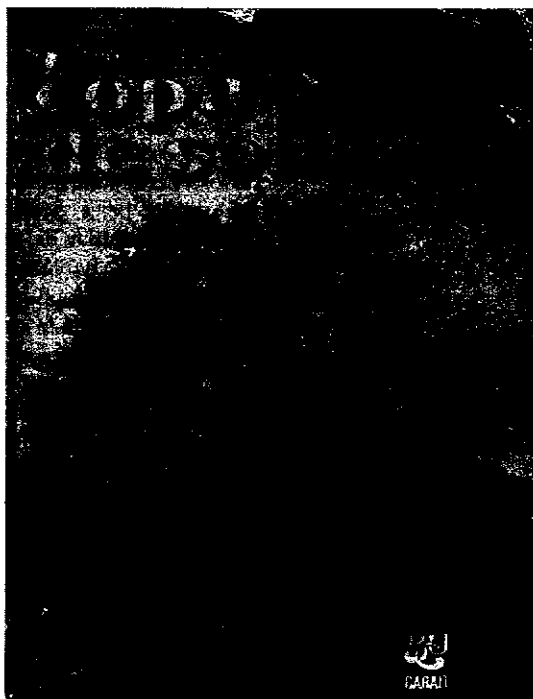
consideraciones más localistas («Por una copa de Jerez», «En Málaga cantaora», «Ubrique de puntillas», «Sanlúcar otra vez»); desde indagaciones históricas («Para una prehistoria de la Costa del Sol», «Caracas: 400 años») hasta reflexiones sobre la actualidad («Turismo de cuenco y bordón», «El silencio lunar», «Del 'turistear' y del ser 'turisteados'»)⁶.

En suma, podría distinguirse dos etapas en la relación de Acquaroni con la prensa periódica. Una primera es la que corresponde al periodo que va aproximadamente de 1940 a 1956. Son años de aprendizaje, en los que va puliendo su estilo y perfilando sus intereses temáticos. Aún se percibe una dependencia de los motivos locales, disminuida con el tiempo, y una supeditación a tratar aspectos concretos y tangibles. Tras el colchón intermedio que supone la prensa hispanoamericana entre 1956 y 1960, se situaría una segunda fase, de maestría y repercusión nacional, que se corresponde con su labor en *Selecciones del Reader's Digest* y en *ABC*. En esta etapa, que se extendería a grandes trazos desde 1960 hasta 1983, se observa a un escritor más proclive a la generalización y a la abstracción a partir hechos puntuales, más atento a lo que sucede en el mundo, más capaz de enaltecer asuntos nimios. Son los años de madurez personal e intelectual.

Dos ensayos en busca de la esencia andaluza

La constancia de Acquaroni en la prensa del medio siglo y la resonancia de los premios para cuentos obtenidos fueron en cierta forma las circunstancias responsables del origen de sus ensayos. Tales hechos llevaron a los directores de la editorial Noguer de Barcelona a encargarle un trabajo para su colección «Andar y ver. Aspectos de España». Si a José Manuel Caballero le requieren *El baile andaluz* y a Néstor Lujan, *El cante bondo* y flamenco, para Acquaroni reservan *La corrida de toros*. El autor, poco más que un aficionado a la tauromaquia, solventa con dignidad el encargo, construyendo un metódico ensayo sobre el mundo de los toros que aparecería en 1957 mientras se hallaba en Venezuela. Las traducciones de la obra al inglés, francés y alemán dan cuenta de su repercusión y a la vez reflejan el carácter divulgativo que tenía el encargo⁷. Se trataba de construir un estudio genérico para aficionados y neófitos sobre la fiesta nacional. Tras sus investigaciones, Acquaroni da a conocer un libro bien organizado y documentado, estructurado en siete capítulos: I. El toro, II. El torero, III. La plaza, IV. La corrida, V. El toreo a caballo, VI. Breve resumen histórico, y VII. El toreo como arte. Se expande en el dedicado a la corrida, donde distingue las distintas partes de la misma: preliminares, tercio de varas, el quite, suerte de banderillas, el último tercio, la llamada un día suerte suprema. El carácter pedagógico e instructivo de la obra lo confirma las sesenta páginas finales repletas de fotos de toros, plazas y toreros ilustres, en un deseo de plasmar los diferentes momentos de la lidia y los más destacados pases. Asimismo, cierra el libro un «Suplemento de información práctica sobre la corrida de toros», donde recoge un calendario con los festejos del año, de marzo a octubre en España y en Francia, y un vocabulario taurino. La disposición estructural, los epígrafes elegidos, las ilustraciones y dibujos esporádicos a lo largo de su texto, las fotos y el vocabulario finales corroboran la cualidad de manual que tiene *La corrida de toros* y la profesionalidad con que Acquaroni se enfrenta al propósito. Sirva como paradigma del Acquaroni que subyace a las páginas de esta obra su reflexión final:

En consecuencia, puede decirse que el toreo es el arte de reducir y someter a una fiera, según unas normas clásicas inmutables en su esencia, importando realizar este arte bellamente, con arreglo a unos procedimientos formales más o menos



variables y sometidos a gustos y modas, acompañando todo ello de una noble emoción estética y trágica. Torear no puede ser, simplemente, aprovechar la movilidad que el instinto de acometividad proporciona al toro y hacer éste pasar por debajo de la muleta o entre los vuelos de un capote. Torear es dominar ese instinto de acometividad, reduciendo la fiera a la voluntad del hombre y aprovechando su movilidad, ya gobernada, para el placer y la emoción de este dominio y de toda la belleza plástica y humana que de él pueda derivarse.⁸

Tras este éxito, Noguera le encarga un nuevo proyecto, tan atractivo como magnánimo: su visión sobre la tierra andaluza. De aquí surge *Andalucía*, publicado en 1963 y también traducido al inglés y al francés⁹. Con el tiempo, este estudio daría lugar al titulado *Andalucía, más que nacionalidad*, publicado por Noguera en 1980 en su colección «El Documento Vivo» al calor de las nacientes autonomías. En él demuestra tanto conocimiento y tanto afecto por las raíces como en *La corrida de toros*, pero ahora su voz es más personal y su pensamiento se hace más subjetivo. La perfecta disposición estructural de aquél se esconde para ir elaborando una obra más abierta en sus consideraciones, un tanto menos limitada a la función de manual esclarecedor de cuestiones generales. Aunque presenta una estructura distribuida en cinco capítulos (Identidad, Naturaleza, Historia, Carácter y Sociopolítica) y aunque en muchas ocasiones recurre a tópicos manidos, su visión del concepto de lo andaluz deslumbra por la originalidad y la modernidad con que se enfrenta a él. Lejos de todo nacionalismo ofuscado, Acquaroni entiende que la indolencia que el andaluz muestra a la hora de perfilar su identidad frente a los demás es precisamente el mejor modo de subrayar una

identidad. De ahí, por ejemplo, que la imagen y los símbolos nacionales se identifiquen con lo peculiar andaluz (los toros, el flamenco o el carácter personal abierto). De igual modo, defiende que la esencia andaluza nace del cruce de pueblos y culturas varias y que, por tanto, la delimitación de fronteras nacionalistas es algo ajeno al andaluz. En fin, se trata de una precisa indagación en la idiosincrasia andaluza realizada desde el amor y el conocimiento, donde se encuentran unas reflexiones muy agudas que, hoy día, resultarían muy oportunas en las sociedades occidentales, como la que cierra el libro:

A la vista de todo lo expuesto, nadie puede dudar de que la identidad de Andalucía busca siempre esa infinitud integradora de que hablábamos al principio, y que de nada va a servir querer someter a los andaluces a los confinamientos de Estado, a las limitaciones de las nacionalidades. No se pueden poner fronteras al espíritu, al temperamento, a las emanaciones de la Historia, a las caprichosas incursiones de los duendes.

Recordemos cómo el mito coloca sobre la propia geografía andaluza una de las columnas de lo finito, el Non plus ultra de la navegante aventura humana. Y ya hemos visto lo que duró en pie la amojonante señal de la gran tenebrosidad.

Cosa bien distinta es que los andaluces aspiren a autoadministrarse, a regirse sin el menosprecio, las injerencias y las mezquindades de los condes del centralismo. Este malestar y aspiración no son nuevos. Hace cuatro siglos, uno de los más ilustres andaluces, don Luis de Góngora, encontrándose en Valladolid, donde a la sazón residía la Corte y la capitalidad de España, escribió un hermosísimo soneto de rebeldía y denuncia de las injustas imposiciones centralistas:

Todos sois Condes, no sin nuestro daño;
Dígalo el andaluz, que en un infierno
Debajo de una tabla escrita posa.¹⁰

El cuento literario y la notificación de la intrahistoria

Si hubo un género que se adecuó con perfección a José Luis Acquaroni, ése fue el del cuento literario. Parece como si Acquaroni hubiera estado predestinado a escribir cuentos. La brevedad del mismo vino bien para su escaso tiempo libre, la condensación que exige enlazó con su capacidad de síntesis, el efecto testimonial de la realidad de posguerra que consigue atraer su mirada notificadoramente, las exigencias estilísticas engarzaron con su barroquismo comedido y equilibrado, el dibujo preciso de los personajes encontró a un escritor contemplativo del carácter humano, los numerosos certámenes dedicados al género lo cautivaron. Por todo ello no es de extrañar la concepción tan distinguida que tiene del mismo:

Un buen cuento es como un pequeño lingote de oro de copela, el más puro según los alquimistas. El más antiguo, bello y completo de los géneros literarios, ya que su tradición es añeja como el mundo y viene cundiendo y depurándose desde el relatar de la ociosa noche cavernaria. Como las estéticas están en desprestigio, creo que pueden existir tantas definiciones sobre cuentos como buenos cultivadores tenga el género. Muy por lo amplio podría decirte que, en un breve espacio, en cuatro o seis cuartillas, el autor de un cuento tiene que saber crear y poner en pie todo un mundo de emoción, belleza y habilidad. Es como la orfebrería del arte de narrar. Y puesto que hemos empleado el símil lingote de oro, diré que en España el cuento o narración breve viene a ser como el depósito legal bancario, algo que apenas circula, que se ve

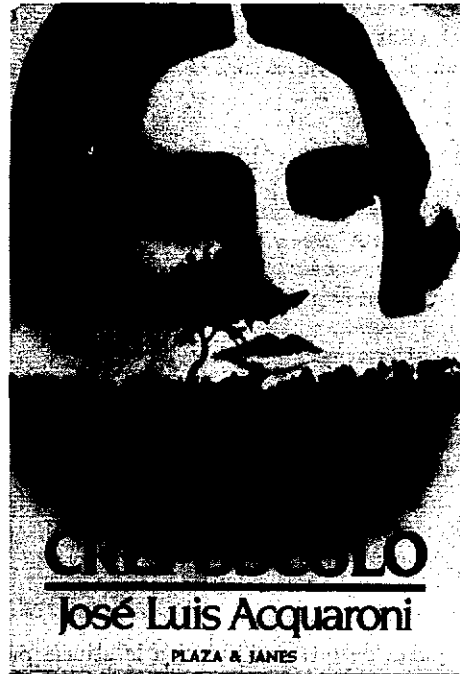
muy poco pero que está en el fondo del sótano sirviendo de cobertura a ese otro género de amplia divulgación, de grandes tiradas, que es el papel moneda y, muchas veces, la calderilla de la novela¹¹.

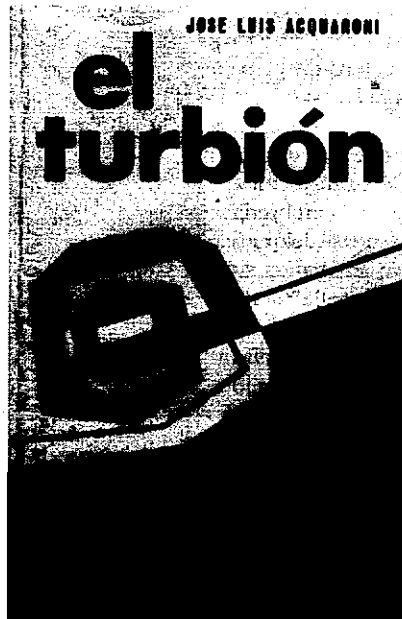
A esos lingotes de oro dedica Acquaroni buena parte de su trayectoria literaria, entregándose a su orfebrería especialmente en las décadas del cincuenta y del sesenta. No en vano, su nombre deja de ser esos apellidos de raras resonancias italianas gracias al cuento. La convocatoria desde las filas de la revista Platero del premio «Camilo José Cela» de cuentos en 1951 es su pedestal primero al alzarse con él por un magnífico cuento titulado *Soy de la Luci y de...*, una tierna estampa de posguerra en torno a dos personajes marginados, la prostituta Luci y el loco Tobalo¹². Desde entonces, prácticamente no hay concurso de cuentos que se le resista. En 1952 se hace con el «Correo Literario» de Madrid para narraciones breves con *Un vagabundo va de vacaciones*, un cuento

sobre la soledad y las raíces construido a partir de Señorías, un anciano recluso en un asilo¹³. En 1953 logra el «Ínsula» de cuentos con *La capital es otra cosa*, una historia en torno a una peluquera que sirve al escritor para reflexionar sobre las diferencias entre las grandes ciudades y los pueblos, sobre el sentido relativo de las cosas y sobre el poder que ejerce el paso del tiempo sobre los seres humanos¹⁴. También en 1953 consigue el «Ateneo de Madrid» con *La última escoba de papá Dios*, magnífica meditación a partir de un escobero sobre el declive de la artesanía, deglutida por el progreso de la industria¹⁵. Muchos de estos cuentos premiados y otros con menos fortuna aparecen recogidos en 1965 en Nuevas de este lugar, un volumen publicado por Editora Nacional que recoge catorce cuentos¹⁶.

Tal retahíla de premios culmina con la «Hucha de Oro» del II Concurso de cuentos convocado por la Confederación Española de Cajas de Ahorros. Se trata quizá del más reconocido galardón de los destinados al género en estos años. El 19 de enero de 1968 se hace público que las 200.000 pesetas del premio recaen en *El armario*¹⁷. En él Acquaroni relata en primera persona las escalofriantes impresiones y los pensamientos de un chico de diez años ante la muerte de su padre. Tras un largo día de juego con los primos, de fútbol y carreras, el chico descubre el hecho. Ya delante del cuerpo inerte del padre, su mirada se detiene en el armario donde éste guarda sus pertenencias y que siempre ha sido un enigma obsesivo para él. En el armario parece encontrar la vida que le falta a aquél.

Sin duda otros cuentos que no fueron premiados también merecen ser resalados. Pienso, por ejemplo, en La muerte del trompeta, estampa veraniega rebosante de erotismo y dramatismo¹⁸, en *Una cabeza*, reflejo de la facultad artística, del ánimo cruel y de la naturaleza salvaje del ser humano¹⁹, en Como agua, narración de la inge-





nuidad de una niña frente a la astucia pícaro de una prostituta y su cliente²⁰, en El reventadero, construido a partir de la perentoriedad de un hombre por reencontrarse con sus raíces²¹, en *El día de ayer*²² y en *El bormiguero*²³, dos relatos que exploran el interior de unos emigrantes en países hispanoamericanos. A todos ellos habría que sumar *Mástil de sangre*²⁴, *Eva y la serpiente*²⁵, *La gran ocasión*²⁶, *Derecho de admisión*²⁷, *Plan de desarrollo*²⁸, *Fotogenia*²⁹, *El mondadientes*³⁰, *Los mil y un vencejos*³¹ o *El otro traje de novia*³².

Una lectura de estos cuentos puede hacer ver por qué José Luis Acquaroni consigue una y otra vez alzarse con tantos premios. Los suyos son cuentos hechos a medida de los gustos literarios más extendidos del medio siglo. Su exquisito estilo, austero a veces, profuso otras, se ve favorecido por una elección de motivos y personajes y por una construcción narrativa acordes con las tendencias más cultivadas. Como ocurre con tantos otros, los cuentos de Acquaroni van a servir de notificación de la realidad. Ante la falta de una prensa verídica, los cuentos vienen a establecerse como el cauce apropiado para dar cuenta de la cotidianidad. De ahí la suprema relevancia que ha de reconocérseles a los orfebres del cuento como verdaderos documentalistas de la intrahistoria de la posguerra española. Acquaroni selecciona aquellos personajes que muestran algún tipo de carencia, especialmente afectiva: un loco, una prostituta, un anciano, un emigrante, un escobero, un huérfano, etc.. Siempre se trata de un personaje que linda con lo marginal, con el destierro real o figurado, con la soledad más apremiante, con el fracaso vital. Son seres marginados por la edad, la profesión, los tabúes sociales, el lugar de origen, el desarraigo..., seres retratados por la voz testimonial de un escritor que no evade algunos de los problemas y coyunturas que acucian a la España de los cincuenta y sesenta, como son la emigración al extranjero, el éxodo rural hacia las ciudades, la llegada del turismo, el leve progreso de los pueblos o los modos clandestinos de sobrevivir. Por lo demás y aunque sobresalga ese marcado carácter testimonial en la mayor parte de ellos, sería una visión reduccionista no apre-

ciar otros tonos, caso de la veta fantástica de *Un mástil de sangre* o de *Una cabeza*, del porte existencialista de *El reventadero* o *El armario*, de la índole alegórica de *Plan de desarrollo* o *Los mil y un vencejos*, o, finalmente, de los comentarios irónicos de *La capital es otra cosa* o *Derecho de admisión*.

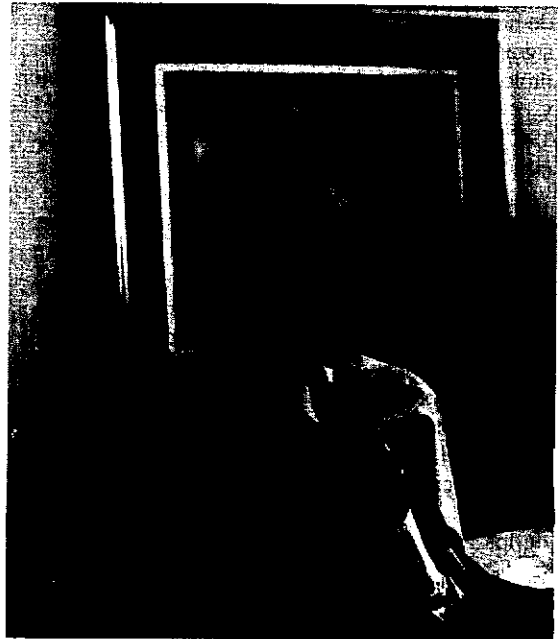
Novelando a los seres marcados por la Historia

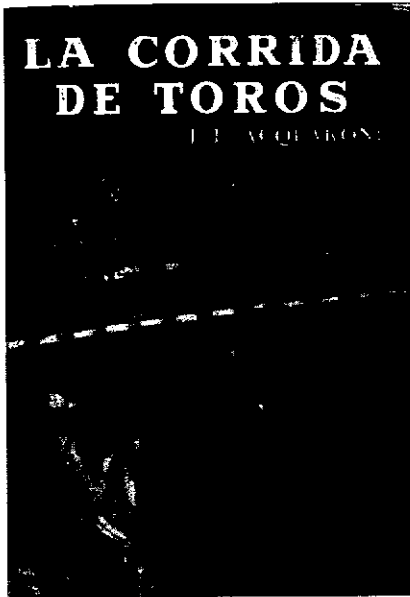
A todo escritor de cuentos, por excelente que haya demostrado ser, se le exige una o varias novelas que corroboren sus dotes narrativas. Por ello, Acquaroni quedó tan satisfecho al ver la luz *El turbión* en 1967. Desde tiempo atrás le venía rondando el pensamiento la elaboración extensa de una historia, cualquiera que fuese. De este deseo surgió *El cuclillo de la madrugada*, una novela corta publicada por Ediciones Cid en la colección «La Novela del Sábado» en 1954. En sus sesenta páginas el autor recrea la relación entre Lorenzo, un chico soltero de 35 años y de pueblo, que ahora vive en una pensión de Madrid, e Isabel, una chica a la que los dueños de esta pensión confunden con una prostituta. Ahora bien, este conato novelístico quedaba lejos en el tiempo y en las intenciones renovadas de José Luis Acquaroni, de forma que a mitad de los sesenta dedica su tiempo a la paciente escritura de *El turbión*. El embrión de la novela, inspirada en la Caracas que vivió la derrota del dictador Pérez Jiménez a manos del almirante Larrazábal, se encuentra en las experiencias venezolanas del autor maduras a su regreso a España en 1960. En ella narra la huida atosigada de Efrén, un joven español emigrante en un país hispanoamericano que se ve atrapado en una revuelta popular contra el gobierno. A pesar de sus intentos por escapar a esa marabunta recurriendo a la embajada y a conocidos, se siente desamparado y desvalido, por lo que termina huyendo a un pueblo costero y refugiándose en su mar. Ciertamente, Acquaroni supo construir una buena novela a partir de esta historia del hombre solitario frente a la masa ciega. Así lo supieron reconocer los jurados de distintos certámenes. En 1966 obtuvo el tercer puesto en la convocatoria de «Alfaguara» de novela por *Zarabubda para Efrén* y ya terminando ese año, el 29 de diciembre, consiguió el «Ateneo de Valladolid» de novela corta por *El mal naipe*. A buen seguro, ambos títulos remiten al definitivo *El turbión*, que también desbancó al barajado por el autor y posible título de *La Caribera*, pues así rezaba el texto que se hizo el 9 de marzo de 1967 con el «Premio Blasco Ibáñez» de novela y que poco después dio a la imprenta la editorial Prometeo de Valencia.

Por consiguiente, puede decirse que concluyendo la década del sesenta Acquaroni ha satisfecho una doble deuda personal: escribir una novela y dar a conocer su cosmovisión venezolana. Sin embargo, aún quedaba en la mente del escritor el mayor compromiso adquirido consigo mismo: ofrecer el testimonio novelístico de las experiencias vividas durante la guerra civil española de 1936. A tal compromiso dedicó los últimos quince años de su vida. Hacia 1970 comienza a ver claro un proyecto. Decide escribir una trilogía sobre los efectos que toda guerra causa en el interior de los seres humanos. El tiempo que le resta de sus labores periodísticas lo dedica de pleno a trabajar en la primera de ellas. Tomando como punto de arranque una lista de fusilados en la guerra en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), hecha pública por Eduardo Domínguez Lobato en Cien capítulos de retaguardia³³, Acquaroni recuerda en la ficción lo que fue la contienda en este pueblo que él disfraza bajo el rótulo de Santa María de los Humeros³⁴. Elige como protagonista a Abel Adón, un hombre con un sentido fatalista y tanático de la vida, que regresa de Madrid a Santa María de los Humeros una vez transcurridos treinta años de la guerra, pues cree que morirá a los cincuenta y tres

como ocurriera con su abuelo y su padre, y desea hacerlo en su pueblo natal. Sobre este fascinante eje argumental Acquaroni enhebra a lo largo de siete capítulos, que son los presentidos últimos siete días de la vida de Abel, las reflexiones del presente y los recuerdos del pasado (la educación religiosa, las primeras masturbaciones, las experiencias bélicas...). Al final de sus días, en esa vuelta a los orígenes en busca de un tiempo apartado pero no superado, Abel Adón comprende que toda su existencia ha estado marcada por el hecho de la guerra. Con la machadiana *Copa de sombra*, que habría de sustituir al original título de *Escombros*, Acquaroni recuperaba la memoria colectiva, denunciaba la aplastante ilógica de todo conflicto bélico y subrayaba los traumas síquicos que éste siempre deja en vencidos y vencedores. Tal vez esta visión conciliadora de la guerra española de 1936, yuxtapuesta a la innegable calidad de la obra, fue una razón de peso para que el autor consiguiera el «III Premio José María Pemán» de novela en 1977 y el «Premio Nacional de Literatura 1977», el primero de los Nacionales en la democracia.

Tras *Copa de sombra*, publicada primero por Cupsa en 1977 y después por Caralt en 1983, Acquaroni se dispone a trabajar en la segunda novela de la trilogía proyectada que dedicará a Miguel Delibes³⁵. Aunque el autor prefiere *A la hora del lubricán*, sin embargo el título final es el de *A la hora del crepúsculo*, simbólico juego de palabras para referirse a momentos de la guerra. En esta ocasión es una mujer, Albamaría, quien veinte años después de la guerra recuerda cómo dos arrumadores intentaron prender fuego a la bodega de su padre para después violar a su hermana y a ella misma. Esta circunstancia, más o menos anecdótica, pero con un componente histórico real, sirve al escritor para rememorar de nuevo acontecimientos históricos sucedidos en Santa María de los Humeros, para subrayar la quimera que supone el intento de recuperar el pasado y para recalcar la imposibilidad de olvidar huellas tan acentuadas como las producidas por una guerra. Por fin y en plena plenitud creadora, una editorial de peso en el panorama nacional se hacía cargo de una obra suya: Plaza & Janés editaba *A la hora del crepúsculo* en mayo de 1983. Sin embargo, para ese entonces José Luis Acquaroni Bonmatí, aquel marino frustrado y ganado para las letras, llevaba muerto unos meses. No pudo terminar su tercera novela de la guerra. El quince de febrero de 1983 dejaba este mundo, quizá para refugiarse de una vez por todas en Santa María de los Humeros.





NOTAS:

1 Las referencias bibliográficas de las obras de Acquaroni son las que siguen: Novela corta: *El cuchillo de la madrugada*, Madrid, Ediciones Cid, colección «La Novela del Sábado», nº 52, 1954. *Libro de cuentos: Nuevas de este lugar*, Madrid, Editora Nacional, 1965. Ensayos: *La corrida de toros*, Barcelona, Noguer, colección «Andar y ver. Aspectos de España», 1957; *Andalucía*, Barcelona, Noguer, 1963; *Andalucía, más que nacionalidad*, Barcelona, colección «El Documento Vivo», 1980. Novelas: *El turbión*, Valencia, Prometeo, 1967; *Copa de sombra*, Madrid, Cupsa, colección «Grandes Narradores», nº 14, 1977; Barcelona, Caralt, colección «Biblioteca Universal Caralt. Serie Novela», nº 87, 1981; *A la hora del crepúsculo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1983.

2 Tadeo, Teresa F.: «José Luis Acquaroni, premio 'José María Pemán' de novela» [entrevista] en *El Alcázar*, 24 de diciembre de 1977.

3 Acquaroni siempre defendió el carácter coyuntural de su nacimiento en Madrid, por lo que se consideraba andaluz a todos los efectos. Así lo reconocía al contestar a una pregunta de Luis Alberto Balbontín en 1977:

Sí, verás, porque por sangre —mi madre de Puerto Real y mi padre de Sanlúcar— y por el sentimiento, así como me parece por la forma de escribir, me siento, andaluz, gaditano, sanluqueño, pero puesto que «me nacieron en Madrid» —durante un breve destino de mi padre en el Ministerio de Marina ya que era médico de la Armada— soy madrileño y gaditano de corazón. Me da la impresión que soy un apátrida de Despeñaperros. Algo así como un escritor enriscado y despeñado hacia dos vertientes. (Balbontín, Luis Alberto: «Entrevista a José Luis Acquaroni: 'Copa de sombra pretende ser la novela de la reconciliación'» en *Diario de Cádiz*, 20 de marzo de 1977, p. 3)

4 Cfr. Hernández Guerrero, José Antonio: *Platero (1948-1954)*. Historia, antología e índices de una revista literaria gaditana, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura & Cátedra «Adolfo de Castro», 1984; y Ramos Ortega, Manuel José: *La poesía del 50: Platero, una revista gaditana del medio siglo (1951-1954)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1994; «Los inicios literarios: José Luis Acquaroni y el grupo Platero de Cádiz» en Jurado Morales, José (ed.): *En busca de la literatura de José Luis Acquaroni (1919-1983)*. Más allá de la muerte en el olvido, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2000, págs. 55-60; y «Prólogo» a Platero, edición facsímil, Sevilla, Fundación El Monte, 2000.

5 López [Gorgel], Jacinto: «Entrevista a José Luis Acquaroni» en *La Estafeta Literaria*, nº 634, 15 de abril de 1978, p. 20.

6 Cfr. Jurado Morales, José & Arroyo García, Alejandra: «Bibliografía» en Jurado Morales (ed.), op. cit., págs. 173-198.

7 *Bulls and bullfighting*, Barcelona, Noguer, 1957, traducción inglesa de Charles David Ley; *Les taureaux et la corrida*, Barcelona, Noguer, 1957, traducción francesa de Felicien Braudry; *Der stierkampf*, Barcelona, Noguer, 1957, traducción alemana de Juliane Wütting.

8 *La corrida de toros*, op. cit., p. 60.

9 En inglés: Londres, Adré Deutsch, 1963; en francés: París, Albin Michel, 1963.

10 *Andalucía, más que nacionalidad*, op. cit., págs. 145-146.

11 Opinión recogida en F. M.: «José Luis Acquaroni, escritor», entrevista conservada en casa del escritor en un recorte de papel sin datos editoriales.

12 En *Platero*, nº 8, agosto de 1951, p. 4. Recogido bajo el título de *Azul cielo en Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 101-109. Incorporado en el capítulo X titulado «Niña buscona y doncellita andante» de *A la hora del crepúsculo*, op. cit., págs. 167-184. Seleccionado en García Pavón, Francisco

(ed.): *Antología de cuentistas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1959, págs. 211-215.

13 En *Correo Literario*, 1 de enero de 1952. Recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 53-61.

14 En *Ínsula*, nº 77, 15 de mayo de 1952, p. 11, y en *Élite* (Cárcara), 17 de enero de 1959, págs. 86-87. Recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 63-71.

15 En *Ateneo*, p. 20. Éstos son los únicos datos editoriales que aparecen en el recorte de papel conservado en casa del escritor. Recogido en Shoemaker, William H. (ed.): *Cuentos de la joven generación, USA* [sin especificación], Henry Holt & Company, 1959, págs. 159-164, y en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 11-19.

16 Los cuentos recogidos en *Nuevas de este lugar* son: «Como agua», «La última escoba de Papá Dios», «Derecho de admisión», «El día de ayer», «Un vagabundo va de vacaciones», «La capital es otra cosa», «La muerte del trompeta», «Azul cielo», «Una cabeza», «Plan de desarrollo», «Fotogenia», «La gran ocasión», «Eva y la serpiente», y «El reventadero».

17 En *El armario y 24 cuentos más*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1968, págs. 5-11. También en *Antología del premio «Hucha de oro. Los mejores cuentos*, Madrid, E.M.E.S.A., colección «Novelas y Cuentos», 1969, págs. 25-32. Seleccionado en Beneyto, Antonio (ed.): *Manifiesto español o una antología de narradores*, Barcelona, Ediciones Marte, 1973, págs. 464-472.

18 Con el título de *La muerte del trompeta* está recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 73-100, sin embargo el título original con que apareció en *El Español*, [¿1958?], págs. 38-43, es *Suceso en la playa de puerto Évora*.

19 En *Ateneo*, 15 de setiembre de 1954, págs. 22-23. Recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 111-120.

20 En *Triunfo*, nº 17, 17 de noviembre de 1962, págs. 80-81. Recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 1-10.

21 En *Ínsula*, nº 182, enero de 1962, p. 16. Recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 169-183.

22 En *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 39-51.

23 Seguramente apareció en ABC. Seleccionado en *Antología de cuentos. Ganadores y finalistas de la IX edición del concurso «Ciudad de San Sebastián 1966»*, San Sebastián, Ediciones Veteres, 1967, págs. 169-177.

24 En *Platero*, nº 2, 1951, págs. 12-13.

25 En *Platero*, nº 18, 1953, p. 15. Recogido en *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 161-168 y seleccionado en García Viñó, Manuel: *Narradores andaluces contemporáneos*, Madrid, Ibérico Europa de Ediciones, 1988, págs. 59-62.

26 En *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 153-160. Originariamente apareció en *Bahía* (Cádiz), [¿fecha?], págs. 45-46 con el título de *Don Dimas y el puro*.

27 En *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 21-37. Este cuento es una versión reducida de *El cuclillo de la madrugada*.

28 En *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 121-104. Publicado también con el título de *El empréstito*.

29 En *Nuevas de este lugar*, op. cit., págs. 141-152.

30 En ABC, sección «Cuentos desde Tecnópolis», [¿fecha?], págs. 52-53.

31 En ABC, sección «Cuentos desde Tecnópolis», 17 de marzo de 1974, págs. 52-53. Seleccionado en *Hucha de Cuentos para Miguel Amigo (Homenaje a Miguel Allmé Escudero)*, Madrid, [s. ed.], 1989, págs. 11-19.

32 En *Dunia*, octubre de 1976, págs. 75-78.

33 Madrid, Gregorio del Toro Editor, 1973.

34 Cfr. Viejo Fernández, José Antonio: «La Guerra Civil en Sanlúcar de Barrameda» en *Jurado Morales* (ed.), op. cit., págs. 141-152.

35 Así reza la dedicatoria: «A Miguel Delibes, amigo; compañero en una hora lóbrega en que no era fácil distinguir los canes de los lobos, porque todos fuimos más lobos que canes».